

# Rescates, réplicas y contrarréplicas

## Dos genios unidos por un alfabeto

### *Cartilla objetiva o alfabeto imaginario*

RAFAEL POMBO

SERGIO TRUJILLO MAGNENAT (Dibujos)

La Silueta, Bogotá, 2013, 64 págs., il. + 1 plegable

EN 1953 el artista Sergio Trujillo Magnenat le pidió al arquitecto Victor Schmid que le hiciera una casa dónde vivir con su familia. La única condición que le puso fue que el diseño de la construcción nada tuviera que ver con el estilo suizo que ya identificaba las obras de Schmid. Le dijo que quería una casa de corte moderno, de líneas parecidas a las impuestas por el famoso Le Corbusier. Schmid ni lo pensó: de inmediato aceptó el reto y un año después entregó la obra (y toda su vida diría, medio en serio, medio en broma, que aquella casa le había quedado aun mejor y más bella que las hechas por el propio Le Corbusier, por cierto compatriota suyo). Allí vivieron durante décadas los Trujillo: el maestro, Sara (su esposa) y sus hijos. La casa aún se mantiene en pie: ocupa una amplia esquina, en la calle 58 con carrera tercera, en el muy bogotano barrio de Chapinero. Es más, fue restaurada y bajo el nombre de Casa Trujillo es hoy un conjunto de apartamentos.

Trujillo Magnenat vivió ahí hasta el día de su muerte, en diciembre de 1999. Su esposa había fallecido años atrás y los hijos ya habían formado sus hogares, de manera que al morir el artista la casa quedó más o menos vacía y clausurada; con todos los muebles y los cuadros en el lugar de siempre, pero sin que ninguna persona los usara. No se trató de una cuestión de abandono o de desidia. Para los hijos de Trujillo era muy difícil asomarse a los recuerdos, rebuscar en archivos y abrir cajas viejas y clósets cerrados. Así que dejaron todo quieto. Lo cuidaban, lo limpiaban, pero no metían las manos más allá de lo necesario. Solo al fin en 2011, cuando apareció el proyecto de restaurar la casa y convertirla en apartamentos, se vieron en la obligación de hacer un trabajo organizado de revisión de todo lo que había allí, para saber qué era basura, qué eran objetos familiares y qué eran obras artísticas de su padre, y, además, para adelantar entre ellos el complicado proceso de distribución equitativa de todo aquello.

Les dolió pero fue como si redescubrieran un tesoro. En todos los lugares de la casa no dejaban de aparecer obras increíbles de un artista que produjo desde inicios de la década del treinta: fácilmente setenta años de trabajo.

Trujillo fue dibujante, pintor, ceramista, fotógrafo, ilustrador de revistas, creador de afiches y diseñador de muebles. Y más.

Nació en Manzanares (Caldas) en 1911, pero muy niño lo trajeron a Bogotá, donde vivió toda su vida. Fue un artista precoz: tenía quince años cuando comenzó a tomar clases en la Escuela de Bellas Artes y, a diferencia de muchos de los creadores de su época, no quiso limitarse a una sola técnica o a una única forma de hacer arte: a Trujillo todo le interesaba, incluso aquello que por esos días aún no se concebía como alguna expresión *legítima* de la plástica: la fotografía y la cerámica, por ejemplo. Muchos consideran que su obra (sobre todo la de la década del treinta) es la mejor expresión del *art déco* colombiano, otros alaban su labor como fotógrafo (las suyas son, acaso, las primeras imágenes fruto de un verdadero trabajo de producción fotográfica de nuestra historia) y la mayoría se rinde ante su talento como ilustrador: los afiches que hizo para los Juegos Deportivos Bolivarianos de 1938 son hoy objeto de culto, por ejemplo.

Como les sucedió a muchos de los artistas colombianos de la primera mitad del siglo XX, su trabajo empezó a verse ignorado con la llegada de Marta Traba y sus ideas de lo que debía ser el arte moderno. Durante décadas, el nombre de Sergio Trujillo Magnenat se vio, entonces, desplazado. Pero al menos desde 2010, o tal vez desde un poco antes, se vive en el país todo un *revival* de la obra de Trujillo. Críticos, investigadores, curadores y coleccionistas han puesto de nuevo los ojos en su trabajo, para llegar a la conclusión de que Trujillo es uno de los grandes artistas colombianos del siglo pasado. Su obra está llena de buen gusto, es elegante, atrapadora, muy *internacional*, si se quiere, y técnicamente perfecta. No son pocos los que viven a la caza de alguna creación suya en anticuarios y galerías, y cada vez son más los que coleccionan su trabajo gráfico: Trujillo ilustró muchísimos libros, además de revistas como *Pan*, *Hojas de Cultura Popular*, *Rin Rin*, *Acción Popular* y *Revista de Indias*. Y sí, no todo el mundo puede comprar una obra original de Trujillo, pero sí una revista vieja, de manera que ese tipo de coleccionista va en ascenso.

Fue, entonces, por los días en que los descendientes de Trujillo revisaban a fondo todo lo que había en la casa construida por Schmid, que se enteraron de que en una librería de viejo bogotana había unas láminas con tipografía ilustradas por el artista.

En la introducción de *Cartilla objetiva o alfabeto imaginario* se lee: “Célico, el librero de una de las más bellas e impresionantes librerías del centro de Bogotá, se perdió entre alguno de los cuatro pisos del enorme edificio y apareció con las láminas impresas. Se trataba de 28 cartoncitos sueltos, sin ningún tipo de encuadernación, impresos a dos tintas, sin fecha de publicación o editor, empaque o seña, aparte del inconfundible estilo y firma de Trujillo. Aparentemente se trata de una edición del Ministerio de Educación, realizada entre el 34 y el 38, que sirve como elemento didáctico para la instrucción del alfabeto. Probablemente para niños de escolaridad básica o adultos sin educación, pues existen

algunas cartillas de la misma época realizadas también por Trujillo para la instrucción en el campo, así como cartillas escolares. Las láminas estaban acompañadas de unos cartones para recortar con los nombres de personas, animales y cosas, formando así una especie de juego de lotería”.

Pero, vea usted, esta vez el librero no quería vender. Estaba tan fascinado con las láminas, que deseaba conservarlas. Entonces Sergio Trujillo Dávila, hijo del artista y un hombre que ha dedicado buena parte de su vida a conservar y proteger el legado de su padre, recordó que en medio de las búsquedas que él y sus hermanos adelantaban en la casa, había visto los bosquejos primarios de las láminas. “Fue así como logramos conseguir los dibujos originales de las 27 láminas, hechos en tinta china muy negra, lápiz y tinta roja —anota el editor—. El trazo es impresionante, seguro, ágil, con unos dibujos previos en lápiz muy esquemáticos que se pueden adivinar debajo de la tinta”.

¿Y qué hacer con todo aquello? El equipo de La Silueta había trabajado ya un proyecto alrededor de la figura de Rafael Pombo, así que conocían los versos que el gran poeta había hecho para que los niños aprendieran el alfabeto. Entonces, consideraron que tenían frente a ellos la coyuntura perfecta: por un lado la obra escrita de Pombo, y por el otro, el trabajo gráfico de Trujillo. Los versos quedarían perfectamente ilustrados con las bellas letras y las viñetas diseñadas por el caldense. Así nació este libro.

Puede verse como una cartilla para que los niños aprendan el alfabeto, pero también puede asumirse como una joya: una bella pieza que, además de incluir dibujos de Sergio Trujillo, viene con unos versos muy naíf, muy inocentes (al fin y al cabo hechos para un público infantil) del gran poeta Pombo.

Quizá la segunda opción sea la más acertada. Porque cuando se desdobra y despliega la cubierta de la tapa, se obtiene un afiche repleto de figuras elaboradas por Trujillo que bien se puede pegar en la pared. Desde ahí, ya se sabe que el libro es un pequeño tesoro; y cuando se observa cada una de las páginas, el matrimonio Pombo-Trujillo genera en el lector cierto tipo de emoción: un viaje a esa niñez sin internet y sin cable, aquella niñez de solo un rato frente al televisor y el resto de las horas invertidas en una de esas enciclopedias cuyos dibujos van ilustrando lo que las letras narran. El trabajo gráfico y el textual de este libro fueron elaborados en siglos diferentes y, sin embargo, es como si siempre hubiesen estado juntos: como si Trujillo hubiera diseñado esas letras y viñetas para los versos de Pombo.

Aquí van los versos más hermosos y divertidos:

Es la D luna  
sin cuernos por la mitad bien cortada;  
o el sombrero de empanada  
que usan los héroes modernos.

La F es la E no concluida,  
que abajo pared no han hecho,  
o es un portal con su techo  
y con la llave prendida.

¡Jesús, qué arete tan lindo  
es la agachadita G!  
Cuando con mi novia esté  
en la oreja se lo guindo.

La R no es fruta, es mujer  
que está sentada en su silla;  
mas sólo pecho y rodilla  
falda y pie se deja ver.

No. A lo mejor no es un alfabeto para niños de hoy. Es, más bien, un libro para adultos que quieran sacar el niño que llevan dentro; sus imágenes y palabras tienen un sabor a escuela, a colegio, a inocencia... A buenos tiempos. Y hay más: este alfabeto es una oportunidad para evocar a aquel poeta que nos acompañó tiempo atrás y del que todos recordamos algún verso, y para conocer a un artista plástico colombiano sobre cuya increíble obra aún muy pocos saben.

**Andrés Arias**